

## LOS NIÑOS CÉLEBRES

### LAS DOS PREDICCIONES

(Conclusión)

Un día se hallaba retirado en su despacho, y José Haydn componía la célebre música de *Las siete palabras*, que le había encargado un canónigo de la catedral de Cádiz, cuando le vinieron á decir que una persona deseaba hablarle.

Haydn manifestó primero que le era imposible recibirla; pero cambió de resolución al manifestarle el criado el nombre de la visita.

—¡La condesa de Lippenheim! Que pase al momento— exclamó el compositor.

Y luego añadió:

—Quiero que ella vea por sí misma si se ha cumplido su predicción.

Un momento después, la condesa, acompañada de su mayordomo, era introducida en el despacho de Haydn. Este manifestó cuánto le extrañaba aquella visita que tanto le honraba, y aguardó á que Mme. Lippenheim principiase á hablar, haciéndolo del modo siguiente:

—He pensado en vos porque me he acordado, aunque han transcurrido muchos años, de mi rápida estancia en Rohrau y del gusto que tuve al escucharos. Entonces pensé que estábais destinado á un gran porvenir y que vuestro genio sería una de las glorias de Alemania. No me equivoqué, y en todas partes se pronuncia con admiración vuestro nombre. Tan feliz como ha sido para vos el tiempo que ha pasado, ha sido desgraciado para mí y para mi hijo, pues nos han sucedido terribles catástrofes...

—¿Es posible, señora?—interrumpió Haydn, vivamente impresionado por este relato.

—He perdido mi inmensa fortuna, y hoy busco una colocación honrosa para mi hijo, que le corrija un poco sus hábitos de prodigalidad, cuyas desastrosas consecuencias sufrirá mientras viva. Su deseo es entrar como chambelán al servicio del príncipe Nicolás de Esterhazy.

—No lo desempeñará mal, señora condesa.

—Una palabra vuestra le allanará, sin duda, cualquier dificultad que se presente para su admisión en la corte del Príncipe.

En aquel momento Haydn se dirigió al piano y tomó el rosario que en otro tiempo le había regalado el hijo de la condesa, se lo enseñó y la dijo:

—Señora; si existe en mí algo de genio se lo debo á este rosario, que fué regalo de vuestro hijo. Nunca se ha separado de mí y muchas veces ha servido para romper las trabas de mi pensamiento. Pues bien; yo procuraré en las circunstancias en que os encontráis, devolver á vuestro hijo un poco de la felicidad que él me ha proporcionado. Basta con haberos escuchado vuestro deseo para que me ocupe del porvenir de vuestro hijo. A mi vez puedo predeciros que antes de ocho días será chambelán del príncipe de Esterhazy.

La princesa demostró en su rostro la alegría que la habían producido las palabras de Haydn. Este la preguntó si su hijo era aficionado á la música, y habiendo aquélla manifestado que no solamente le gustaba sino que tocaba con perfección el contrabajo, la dijo el compositor:

—Eso nos servirá de mucho.

Mad. Lippenheim se retiró. Apenas la acompañó hasta la puerta, el ilustre músico se puso al piano, y con una gran facilidad escribió un terceto para clavicordio, violoncello y contrabajo. La obra quedó terminada en dos días.

Un mes después, el hijo de la condesa tomaba parte en el trío con Haydn y el príncipe Nicolás Esterhazy. Este último observó que el joven desempeñaba su parte con perfección, y por recomendación del ilustre compositor le nombró contrabajo y chambelán. La posición del joven quedó asegurada, y cuando Haydn volvió á ver á la condesa, la dijo sonriendo:

—¿No os lo había anunciado? Predicción por predicción.

C. M.



## HISTORIA NATURAL

### LA HIENA

Es la hiena un animal antipático y repugnante por el olor de su cuerpo y por el olor pestilente que despidе; pero su proverbial ferocidad es una pura fábula.

Cuéntanse de ella horrores, y el vulgo, crédulo de estas consejas, la ha tenido y aun la tiene por el prototipo de la crueldad. A este concepto vulgar responde la frase que empleamos para ponderar la crueldad de una persona cuando decimos: «¡Es una hiena!».

Este cuadrúpedo de forma desgarbada, con el cuarto trasero rebajado, con su espesa y ruda melena y su piel pardusca y manchada, tiene cuatro dedos en cada pata con fuertes uñas propias para escarbar y formidable dentadura apropiada para roer huesos.

La hiena, contra lo que de ella cuenta la fama, es un animal cobarde, que generalmente se alimenta de carnes podri-



das y huesos. No suele atacar al hombre, ni aun á los niños. Pasa el día en madrigueras y de noche merodea buscando su alimento.

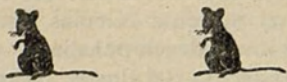
La hiena manchada (*hiena erocuta*) y la parda (*brunnea*), viven en el Africa meridional y oriental, mientras que la rayada ó listada (*striata*), se extiende desde el Senegal por todo el Africa Central y del Norte. Los antiguos naturalistas, e incluso Plinio, consignaban las leyendas del vulgo como caracteres y costumbres de este animal carnívoro. Según ellos, sabía imitar la voz humana y hasta aprendía los nombres de los pastores para llamarlos y encantarlos,



dejándolos inmóviles. De todo esto se reía con razón el no menos célebre naturalista conde de Buffon; pero á su vez presenta á la hiena como muy atrevida y valiente, acometiendo á las personas, rompiendo las puertas y empalizadas de los rediles. Según el citado autor, se defiende del león, no teme á la pantera y acomete á la onza, que no la puede resistir; y cuando la falta presa, socava la tierra y saca los cadáveres.

De esta opinion era el dueño de una *menagerie* que se exhibió en esta corte, que al describir las costumbres de las fieras de su colección, decía de la hiena:

*Sus instintos son demasiado de sanguinarios: se lanza en los cementerios, desentierra los cadáveres é... se los come vivos.*



## CARTAS DE DOS MUÑECAS

### IV

ROSA A ESMERALDA

Querida hermana mía: Te doy las gracias más expresivas por tu carta. ¿Cómo te has compuesto, Esmeralda, para escribirme regañándome y corrigiendo mis defectos y conseguir que no me enfade?... ¡Pero soy una tonta en preguntar estas cosas! Has rodeado tus reprensiones de tanto cariño, que han llegado á mis heridas sin lastimarme. Verdaderamente, hasta á las muñecas nos hace falta la dulzura y el talento en las correcciones, para enmendarnos de buen grado en nuestros defectos.

Voy á contarte algo de mi vida en estos días, para que veas que no me olvido de nuestras antiguas promesas.

Los niños han ido á Carabanchel á una quinta preciosa de unos tíos suyos que viven allí todo el año. Deben estar en muy buena posición, porque la casa está puesta con mucho lujo, aunque los muebles son de un gusto muy antiguo. Juana le suplicó á su mamá que la permitiera llevarme, y yo le agradecí muchísimo este recuerdo y este deseo de que yo participase de sus alegrías, y al mismo tiempo me alegraré de tener ocasión de ir á Carabanchel, porque he oído decir algunas veces que *los viajes instruyen mucho*.

Hemos corrido por el jardín; hemos jugado muchísimo, y los chicos del pueblo me contemplaban con asombro y decían al verme:

—¡Anda, y qué maja va!

Juanita, por la noche me llevó á un salón muy grande y muy elegante, y me enseñó los retratos de su familia, explicándome quiénes fueron, cuándo vivían, y á juzgar por sus noticias, *tenemos unos antepasados sumamente nobles*.

Como no había llevado mi camita, Juana me colocó en una cama grandísima que tienen de respeto, y se empeñó en jugar á que yo era su *abuelita*, ¡figúrate qué niñada! Me empolvó el pelo para darme aspecto de ancianidad, y en la mesa de noche colocó un plato con bizcochos y una copa de agua; porque, según ella, las personas de *cierta edad* suelen despertarse entre noche y necesitan tomar alguna cosa.

Allí me dejaron sola, y apenas se quedó la alcoba en profundo silencio, oí un ruido extraño, y no tardé en enterarme de que eran los ratones que corrían á su gusto por la habitación. Pasaron por encima de mí, que temblaba de una manera horrible; dieron mil vueltas, y por último se dirigieron al plato de los bizcochos. Decididamente aquellos ratones eran de *cierta edad*, porque necesitaban también *tomar algo* entre noche.

Solamente uno de ellos, más joven sin duda, corría sin cesar por mi almohada, causándome un miedo que sólo una muñeca es capaz de comprender... y temblaba, sobre todo, por mi pobre nariz.

Dirás que por qué. Yo misma lo ignoro: no sé si la daría más importancia por hallarse en medio de la cara.

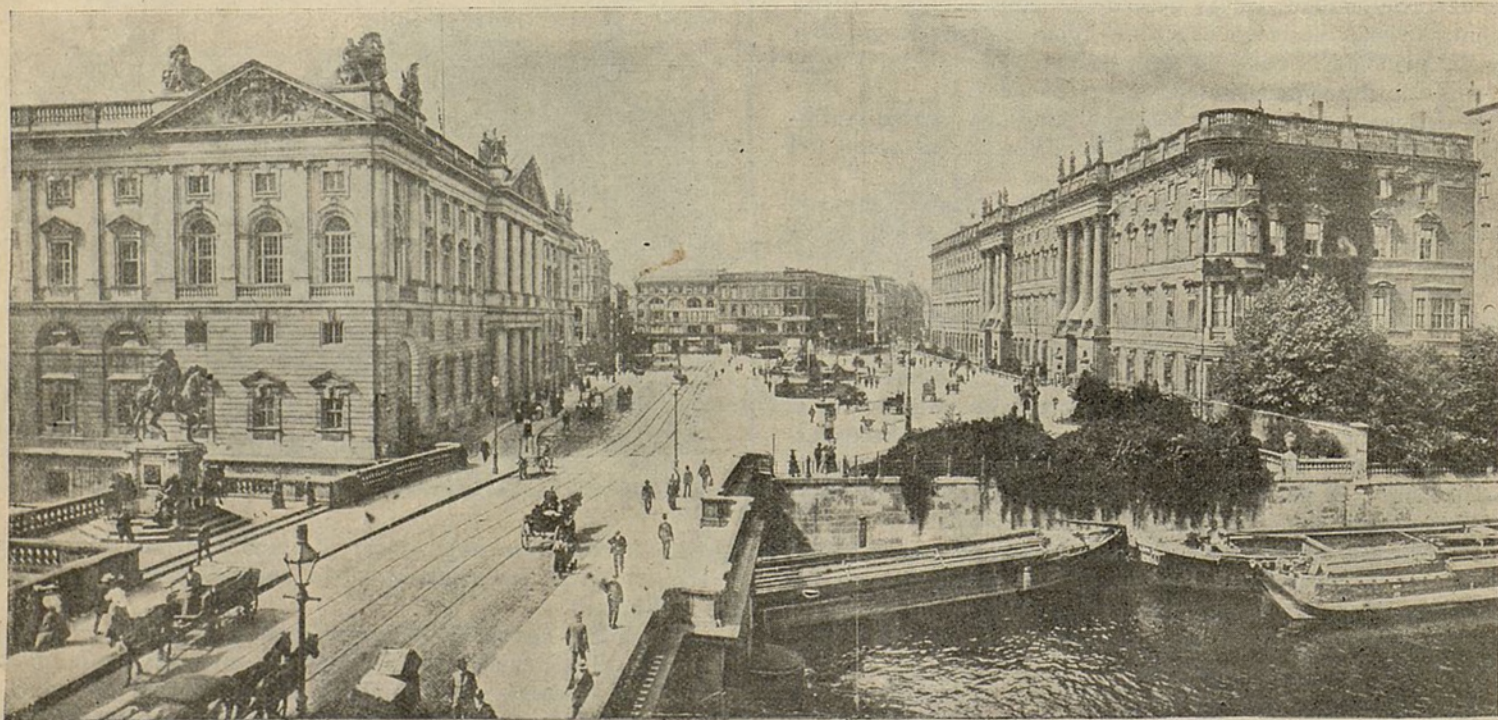
¡Cuánto hubiera dado por oír el *canto* de un gato, más deseado entonces por mí que la música más sublime! Al rayar el día huyeron *los bandidos*, y el corazón latíame aún de miedo. ¡Qué cosa más rara es el corazón: una gran alegría le hubiera hecho también latir con violencia! La ventura y la angustia tienen algo de parecido.

Cuando he contado el suceso á los niños, Juanita casi lloraba y su hermano me ha regalado una pistola para los apuros en que pudiera verme. He aprendido á manejarla perfectamente; pero me encuentro más en *situación* cuando tengo en mi mano una flor ó un abanico.

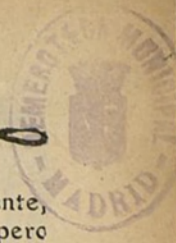
Adiós, Esmeralda; escíbeme mucho. Me despido de ti diciéndote que te quiero muchísimo y que... mi nariz está sana y salva.

Rosa

## LAS GRANDES CIUDADES



**BERLIN. LA PLAZA DEL CASTILLO** Al final de la famosa Avenida de los Tilos (*Unter den Linden*) y pasada la plaza de la Opera, se llega al Puente del Castillo, sobre el Sprée. Al otro lado se halla el *Lustgarten*, antiguo jardín del Castillo, hoy plaza de 225 metros de largo por 200 de ancho, donde está la estatua ecuestre de Federico Guillermo III. Inmediato se encuentra el Castillo Real, fundado por el Elector Federico II.



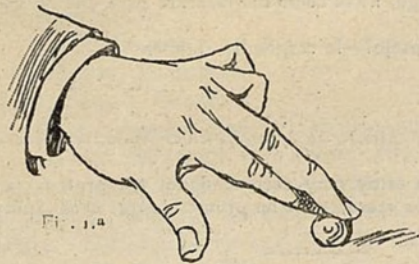
## NUESTROS SENTIDOS

### EL TACTO

Por el sentido del tacto nos es dado apreciar la presión y la temperatura. Nuestra mano, al tocar los objetos, aprecia su forma y además la resistencia ó la fuerza que ofrecen, y, por último, la sensación de calor ó de frío.

La certeza de nuestras sensaciones por el tacto adolece de errores como los que expusimos al tratar del sentido de la vista, y á continuación describimos algunas pruebas que convencerán á nuestros lectores.

Al tocar un solo objeto puede parecernos doble. Haced una bolita de miga de pan y colocadla sobre la mesa; cruzad el dedo medio sobre el índice y en esta posición colocad sobre la bolita las yemas de los dedos (fig. 1.<sup>a</sup>). Si miráis á otra parte ó cerráis los ojos y hacéis girar á la bolita, creeréis, seguramente, que son dos en



vez de una. Este sencillo experimento se dice que lo inventó el gran Aristóteles nada menos. Por lo contrario, hay casos en que la impresión de dos objetos parece la de uno sólo. Haced que un amigo se cubra los ojos con un pañuelo; tomad en seguida un tapón de corcho y poned en él dos alfileres á centímetro y medio de distancia entre sí. Si tocáis ligeramente al

amigo con los alfileres detrás de la oreja, le parecerá que sólo le habéis tocado con uno (fig. 2.<sup>a</sup>). Los sabios han establecido la ley de este experimento: «A dos milímetros en la punta de los dedos; á 7 en la punta de la nariz; 12 en la palma de la mano; 23 sobre la frente, y 34 sobre el cuello detrás de la oreja, un toque doble con objetos semejantes parece uno sólo.»

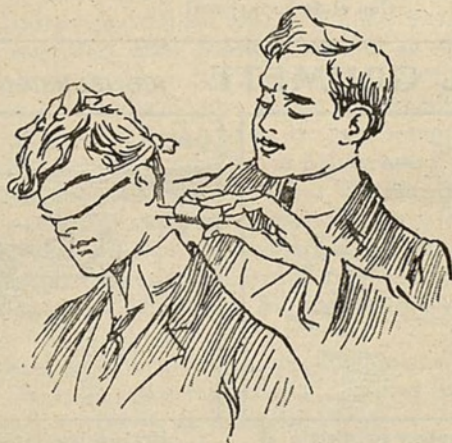


Fig. 2.<sup>a</sup>

Respecto de la temperatura, puede hacerse otra prueba curiosa. Colocad en una mesa tres vasos ó tres tarros. En el primero echad agua caliente, no hirviendo, sino á unos 40 grados; en el segundo, agua á la temperatura de la habitación; y en el tercero, de una y otra por mitad. Introducid la mano

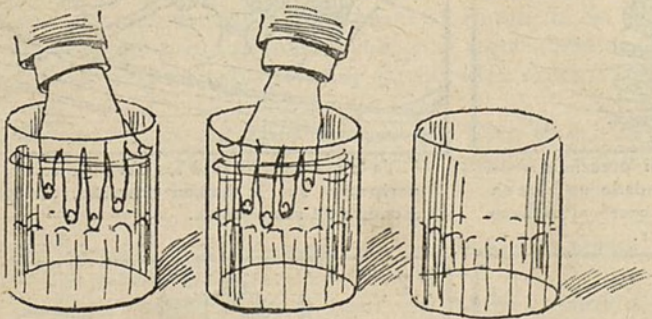


Fig. 3.ª

derecha en el agua caliente y la izquierda en la del tiempo, y tenedlas así dos minutos (fig. 3.<sup>a</sup>), pasados los cuales meteréis ambas manos en el tercer vaso, y entonces sentiréis, dentro de una misma temperatura, la mano derecha helada y la izquierda muy caliente.

Otro error respecto de la presión da lugar á una escena cómica. Se coge una moneda de media peseta, y poniéndosela sobre la frente con un golpecito seco, queda adherida. Para dejarla caer, basta con fruncir las cejas, arrugando así la frente. Después de hacer esto, invitáis á un amigo á hacer

lo mismo, y le aplicáis la moneda en medio de la frente, sosteniéndola con la yema del dedo pulgar con fuerza (pero sin hacerle daño). Permaneced así unos treinta segundos, y al retirar la mano, quitadle disimuladamente la moneda. Decidle entonces que la deje caer, y veréis con qué empeño lo intenta, convencido de que todavía la tiene adherida, pues la impresión que le queda se lo hace creer así.

La temperatura es causa de otro error en cuanto al peso de los objetos. Tened un duro un rato en agua caliente y otro en agua fría. Haced que un amigo se coloque en una silla con la cabeza hacia atrás, y secando con un paño los duros colocadlos sobre su frente. Si entonces le preguntáis cuál moneda pesa más, responderá seguramente que la fría.

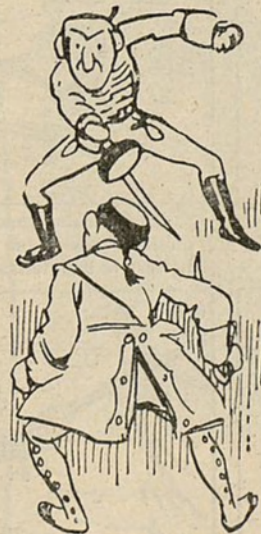
## AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE CÓMO EL BARON CONOCIO A UN GENERAL QUE TENIA BASTANTE DE PARTICULAR

Con estas grandes aventuras mías tengo tan generales simpatías, que adonde me llevó mi vida inquieta, entre todas las castas que habitan el planeta encontré admiradores entusiastas. En Rusia los magnates me obsequiaban, y hubo disgustos y hasta desafíos entre los que á porfía disputaban el gran honor de ser amigos míos. No lo digo, en verdad, por alabarme; ¡pero había un furor por convidarme! Recuerdo un gran festín, donde un sujeto afable, decididor, listo y discreto, siempre estaba sereno y agradable tras de beber de un modo formidable. Tres botellas y media de *Madera*, cuatro del *Rhin* y cinco ó seis de *Porto* y siete de *Jerez* (de la Frontera) bebí, y aún creo que me quedo corto. Nunca he visto beber por el estilo



y quedarse tan fresco y tan tranquilo. Hallábame á su lado y vió mi asombro y comprendió el motivo y me dijo: «Sin duda os ha extrañado, al mirar cómo bebo, cómo vivo. Y yo, por complaceros, voy al punto á explicaros la clave del asunto. Yo he sido general, y en el combate he solido quedar casi difunto. ¡Mas no creo que hay nadie que me mate, pues curé ya de herida tan gravísima que fué una cura maravillosísima! ¡Me largó un enemigo con fiereza uno de esos sablazos que quitan la cabeza, y me cortó la mía en dos pedazos! Varios doctores sabios y magníficos me quisieron curar con específicos; mas vino á Petersburgo un extranjero que me ofreció, por muy poco dinero, en poquitos días darme de alta



con el pedazo que me hacía falta. Y con efecto, púsome esta pieza (me dijo señalando á la cabeza) y me curó en seguida con este medio cráneo á la medida. Este es el gran secreto de beber como bebo y ser discreto, pues cuando se me sube á la cabeza el vino, levantándose esta pieza se sale la sustancia vaporosa y yo me quedo como si tal cosa.» Al ver que nos quedamos patitiosos, se levantó la tapa de los sesos; acercó una bujía y... ¡ah, señores! en cuanto los vapores alcohólicos salieron, en una llama azul se convirtieron.

Y cuando al verlo me quedé confuso y nuestros comensales asombrados, nos dijo: «Es el sistema que yo uso para curarme bien los constipados.»

C. L. DE C.



## CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL

Conforme á lo establecido en la Condición 3.<sup>a</sup> de la convocatoria de este Concurso, fueron publicados en el núm. 5, correspondiente al 15 de Marzo próximo pasado, los 50 retratos designados por sorteo, con su correspondiente numeración. Cerrada la votación en el día marcado y hecho escrupulosamente el recuento de los boletines, ha resultado con 2.421 votos el retrato señalado con el núm. 8, Anita Hernández Núñez, de seis años de edad, que vive Serrano, 22, Madrid. El premio ha consistido en una hermosa muñeca de la casa Medel, que hemos remitido á la agraciada.

La mayoría de los retratos que publicamos han obtenido más de 2.000 votos, y oportunamente remitiremos á los interesados sus respectivos diplomas de mención honorífica.



## ANÉCDOTAS

El rey de Prusia, Federico el Grande, tenía la costumbre, cuando encontraba á un soldado, de dirigirle estas tres preguntas: —¿Cuántos años tienes? ¿Qué tiempo llevas en el servicio? ¿Recibes las prendas y el haber puntualmente?

Un joven suizo entró al servicio de Prusia sin saber alemán, y sus com-

pañeros le enseñaron las tres respuestas que debía dar al Rey, si por acaso le interrogaba. A los pocos días de haber aprendido las respuestas en alemán, encontró en su camino al Rey, que le detuvo y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas en el servicio?

El soldado, creyendo que se trataba de la primera pregunta, contestó:

—Veintiún años, señor.

Le chocó al Rey que un hombre que tan joven parecía pudiera llevar tantos años de servicio, y le preguntó en el acto:

—¿Pues cuántos años tienes?

—No llega á uno.

Todavía más asombrado el Rey con esta contestación, le dijo:

—¿Has perdido el juicio ó le he perdido yo?

—Uno y otro, señor—respondió con la mayor tranquilidad el soldado. Siguió el Rey preguntándole, pero como se le había concluido el repertorio de las respuestas en alemán, tuvo que decir en francés que no comprendía aquel idioma, y entonces el Rey halló la explicación del misterio.

Un hombre muy alto y muy sucio decía á un amigo un día de Carnaval. —Con esta talla que tengo, no sé cómo disfrazarme para que no me conozcan.

—¿Quieres seguir mi consejo?—le respondió el amigo.

—Sí.

—Pues, lávate.

Un muchacho que había entrado de aprendiz en el Matadero, escribía á su familia:

«El Sr. Manuel, á quien estoy muy recomendado, me protege mucho; ya me ha dejado *desollar* dos veces, y me ha prometido que el año que viene me dejará *matar*.»

—Vamos á ver, señores—decía en una tertulia un charlatán:—¿con qué objeto llevan unas personas el paraguas verdoso, otras completamente negro y en algunas comarcas lo prefieren rojo?

Después de mucho pensar, uno se atreve á decir:

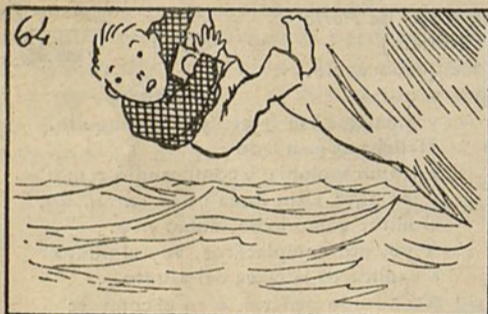
—Yo creía que era cuestión de gusto; pero no suponía que tuviera un objeto determinado.

—Pues es con un objeto.

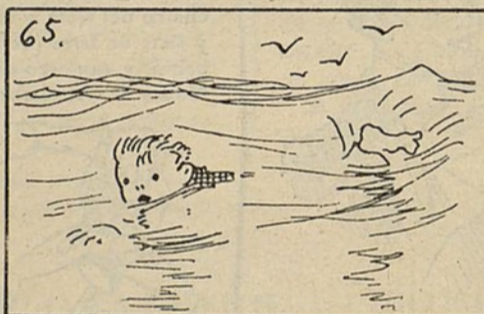
—¿Con cuál?

—¡Con el de no mojarse!

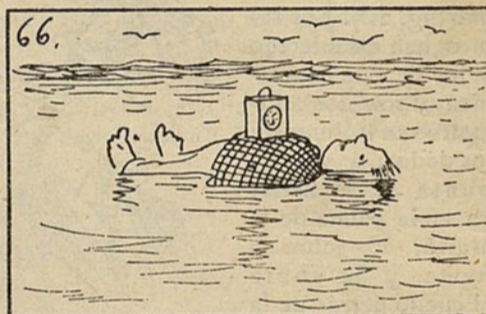
## EL REGALO DE BOBI EL GRUMETE (CONCLUSIÓN)



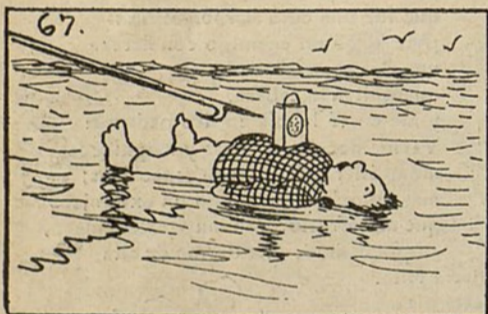
64. La roca dió una vuelta, y Bobi, que se agarraba á ella, acabó por soltarse y caer al mar.



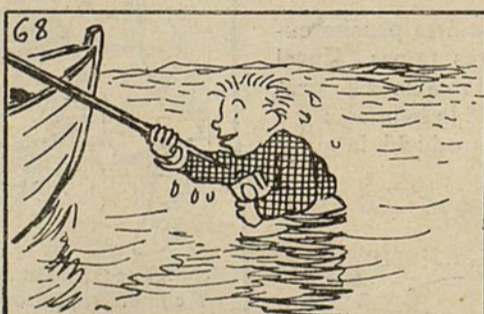
65. Bobi nadaba como un pez y se dirigió al punto donde había visto el barco; pero sus fuerzas le iban faltando.



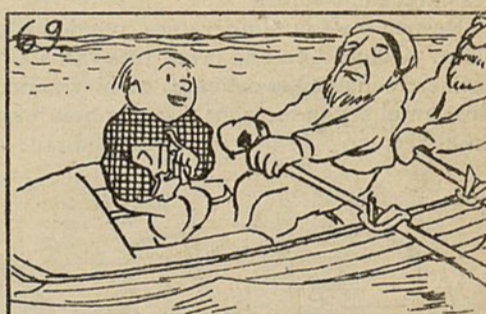
66. Era preciso descansar, y Bobi se tendió boca arriba, colocando sobre su cuerpo el reloj, ya sin fanal.



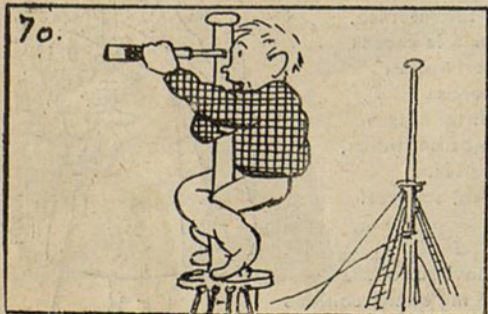
67. Su vista se desvanecía y un sudor frío helaba su frente, cuando notó que le tocaban con un bichero.



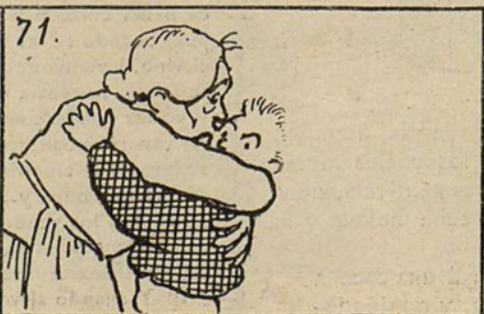
68. Los del barco, que habían presenciado la voltereta de Bobi, habían mandado un bote en su socorro. El grumete se agarró al bichero con el ansia que es de suponer.



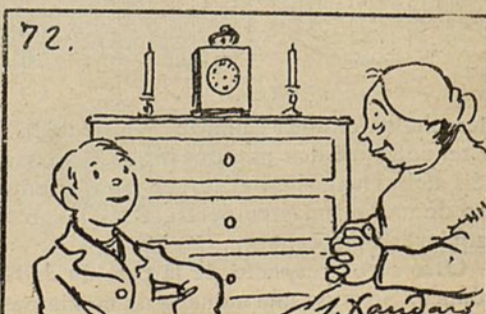
69. Ya en salvo, refirió á los del bote todas las peripecias que le habían ocurrido, con gran asombro de sus oyentes.



70. Transportado al bote, un día, al despuntar la mañana, vió desde la encapilladura del trinquete la costa de su patria.



71. Bobi tuvo la fortuna de salvarse de todos los peligros y volvía á ver á su madre, que le besó con frenesí.



72. En su humilde hogar figuró desde entonces el reloj, aunque roto y estropeado, porque fué el salvador del niño y la prenda de su amor filial.